

rumpió en quejas contra su secretario y el tesorero Amador de Láres, por cuyas recomendaciones habia dado el mando de la expedicion á Cortés. Activo y enérgico, dispuso que inmediatamente saliesen dos buques con fuerza armada y artillería, á las órdenes de dos oficiales de su entera confianza, Hulano de Guzman y Gabriel de Rojas, para que se apoderasen del bajel y de la gente que en él iba. Los veleros barcos partieron al punto designado, pero no encontraron el objeto deseado. El buque en que iban los comisionados de Cortés se habia hecho á la vela mucho antes de que llegaran. Habia desembocado el canal, y navegaba por el Atlántico favorecido por los vientos. Era el primer viaje que se verificaba por aquel derrotero, elegido por el experto piloto Anton de Alaminos. Despues ha sido el que han seguido todos los marinos, en el asombroso tráfico del golfo de Méjico y las Antillas con Europa.

Cuando Velazquez vió llegar á la escuadrilla sin la presa anhelada, sintió crecer mas y mas su ira y su indignacion contra Hernan Cortés. Lleno de enojo y deseando poner límites á las aspiraciones de Cortés, dirigió sus quejas á su amigo D. Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos, presidente del consejo de Indias, residente en Sevilla, así como á la Audiencia de Santo Domingo y á los frailes gerónimos, que formaban el gobierno de los establecimientos españoles en el Nuevo Mundo. Pero las acusaciones y exigencias de Velazquez no hallaron satisfactoria acogida en los padres gerónimos, que veian en ellas, mas el despecho del orgullo herido, que la justicia y el celo por el servicio del rey y de la religion. Por el contrario, lejos de manifestarse favorables

á su intento, trataron de persuadirle á que viese en Hernan Cortés un leal vasallo del monarca, á quien enviaba grandes riquezas de un país donde habia planteado el signo de la redencion, trayendo al catolicismo á millares de sus habitantes.

Velazquez estalló en ira al recibir la anterior contestacion. Viendo, pues, que sus quejas no alcanzaban resultado favorable en los religiosos gobernantes, resolvió tomar venganza por sí mismo, enviando una flota y numerosas fuerzas á castigar la osadía de Hernan Cortés, despojándole del mando y reduciéndole á prision. Fijo su pensamiento en esta idea, se propuso realizarla en el menos tiempo que le fuera posible. Para llevar con rapidez la realizacion de su deseo, recorrió personalmente la isla, visitando de pueblo en pueblo á los muchos amigos que tenia, invitándoles á que levantasen fuerzas y le ayudasen con gente, dinero, armas, buques y caballos, ofreciéndoles grandes ganancias y honrosos premios. Pero por mucha que fuese la actividad que desplegase, los aprestos para la armada exigian algunos meses, por lo costosas que eran las expediciones en un país donde escaseaba el armamento y era corto el número de soldados.

Mientras Velazquez trabajaba con infatigable esfuerzo en reunir los aprestos de la armada, el buque en que marchaban los comisionados de Hernan Cortés llegó sin novedad ninguna al puerto de San Lúcar, en el mes de Octubre. Este viaje, que hoy parecerá largo á los que ven cruzar en veinte dias un vapor desde Veracruz á España, fué tenido por uno de los mas felices.

Pero dejemos á Portocarrero y á Montejo dirigirse

á desempeñar su importante mision, lo mismo que á Velazquez preparando su expedicion, y veamos lo que pasaba en el campo de Cortés en los momentos en que los primeros iban á recomendarle ante el soberano y el segundo se disponia á destruirle.

La escasez de víveres que sufría la pequeña colonia y los penosos trabajos que continuamente pasaba, se hacian insoportables para algunos partidarios de Velazquez que tenian en Cuba repartimientos y comodidades. Desde que llegó al puerto el buque mandado por Saucedo y tuvieron noticias de los progresos de la isla, se aumentó el deseo de los descontentos de abandonar la difícil empresa acometida por Cortés y volver á la Habana. Al deseo siguió la idea de realizarlo, y á la idea los pasos, poniéndola en obra. Desde que se anunció el envío de los tesoros al monarca y la solicitud de que reconociese el nombramiento de Cortés hecho por el Ayuntamiento, trabajaron en secreto para trasladarse á Cuba y poner en conocimiento de Velazquez todo lo que pasaba. Los principales promotores del proyecto eran Pedro Escudero, el mismo alguacil que en Cuba se apoderó de Cortés por órden de Velazquez cuando salió de la iglesia donde se habia refugiado, Juan Carmeño, y un clérigo llamado Juan Diaz. Los pasos se habian dado con el mayor secreto, sin que nadie llegase á traslucir el intento. Habian logrado hacer entrar en el complot á Gonzalo de Umbría, piloto del buque en que debian partir, y por este medio conducir á bordo los bastimentos necesarios para el viaje. Habian transcurrido tres dias desde la salida de los procuradores de Cortés hácia España, cuando los

conjurados tuvieron dispuesto cuanto era necesario para partir. Sabian que Montejo, porque lo habian oido decir, se detendría en su hacienda de Marien para arreglar sus intereses, y esperaban llegar á tiempo á Cuba para dar cuenta á Velazquez y mandase apresar el buque.

La salida de los conjurados debia verificarse á las doce de la noche. La hora convenida llegó, y todos, protegidos por la oscuridad, se fueron acercando al sitio del embarque. Cuando mas seguros se creian y acariciaban la esperanza de la realizacion de su proyecto, fueron reducidos á prision en el mismo buque. La conspiracion habia sido descubierta por una circunstancia inesperada de parte de los conjurados. Uno de los conspiradores, llamado Bernardino de Cória, arrepentido de lo dispuesto, puso en conocimiento de Cortés el proyecto, pocas horas antes de que llegase el momento de hacerse á la mar el buque. El jefe español, con la actividad que le era genial, ordenó que inmediatamente y sin estrépito fuesen aprehendidos. Sin pérdida de momento se abrió un proceso para que se les juzgase, y habiendo confesado todos llanamente su culpabilidad, se procedió, por los jueces, al castigo que debia aplicárseles. Juan Carmeño y el alguacil ya mencionado Pedro Escudero fueron ahorcados; al piloto Bernardino de Cória se le cortaron los piés, y á los demás se les condenó á doscientos azotes. Al clérigo Juan Diaz, bien fuese por el respeto que se tenia al carácter sacerdotal, bien porque no tuviese igual culpabilidad, no se le aplicó castigo ninguno, aunque no por esto dejó de recibir una severa reprension y la amenaza de no alcanzar igual indulgencia si volvía á mezclarse en conjuraciones.

Al firmar Hernan Cortés la sentencia de muerte dada contra el antiguo alguacil y Juan Carmeño, pronunció con dolor: «¡Ojalá no supiese escribir para no firmar la muerte de ningun hombre!» (1). La humanitaria exclamacion no era la vez primera que se pronunciaba con motivo idéntico (2). Sin embargo, nunca tal vez fué dicha con mas profundo y verdadero sentimiento. La pérdida de un soldado era para Cortés irreparable, pues su corto ejército menguaba, sin que hubiese esperanza de reponer sus bajas en aquellos momentos críticos, en que se veia con un poderoso enemigo si avanzaba, y amenazado por la fuerza que disponia en Cuba el gobernador Diego Velazquez. Pero al lado del sentimiento, se hallaba el deber. El perdon del delito hubiera alentado á otros á conspirar con mas osadía, y roto el dique del respeto, el desbandamiento del ejército hubiera sido seguro. Cortés creyó que, para mantener la subordinacion entre aquellos soldados atrevidos, era preciso un remedio extremo, y echó mano de él, porque lo consideró imprescindible y justo (3).

Pocos instantes despues de las ejecuciones, afectado aun Cortés por los severos actos de justicia que se acababan de efectuar, dispuso dirigirse á Cempoala en el mismo dia

(1) «¡Oh, quien no supiese escribir, para no firmar muertes de hombres!» — Bernal Diaz.— *Conquista de la Nueva España*.

(2) La misma exclamacion hacia el emperador Neron antes de que su alma se hubiese empedernido, segun afirma Suetonio.

(3) «E vistas las confesiones destes delincuentes, los castigué conforme á justicia y á lo que segun el tiempo me pareció que habia necesidad, y al servicio de V. A. cumplia.»—Segunda carta de Hernan Cortés al emperador Carlos V, fecha en Segura de la Sierra el 30 de Octubre de 1520.

para disponer lo conveniente respecto de la marcha hácia la capital del imperio mejicano. Hacia tres dias que habia enviado á Pedro de Alvarado con doscientos hombres hácia los pueblos de la Sierra, á fin de que pudiesen mantenerse, pues en la colonia se carecia de bastimentos, y en aquellos instantes despachó un mensajero para que le comunicase la órden de que le esperase en Cempoala.

La conspiracion descubierta preocupó profundamente el ánimo de Cortés. Aunque conjurada la tempestad, podia presentarse otra no menos temible, puesto que existian las mismas causas en la parte del ejército adicta á Velazquez. Cortés, acudiendo á los recursos de su ingenio y sostenido por la fuerza de su extraordinario valor, buscaba el medio de comprometer á los disidentes, de una manera firme, invariable, en la empresa por él acometida.

Una idea luminosa cruzó de repente por su imaginacion. La luz por ella vertida le hizo ver un punto que podia conducir al logro de su intento. El jefe español, acariando el pensamiento, dió órden de que se preparasen á salir doscientos hombres, y poco despues, poniéndose al frente de ellos y de la corta fuerza de caballería, se dirigió á Cempoala, donde debia reunirse con Pedro de Alvarado y su gente.

La primera indicacion de la idea concebida fué alejar del puerto á los que, echando de menos los goces de la isla de Cuba, miraban con pena las escaseces á que se veia reducido el ejército. La vista del mar y la esperanza de poder hacerse de alguno de los buques, podia inducirles á promover nuevas conjuraciones, á ofrecer grandes ventajas á los que algo esperaban de la campaña, atra-

yéndoles á su partido y á que le dejasen abandonado, si es que no intentaban aherrojarle y conducirlo á la presencia de Velazquez.

Al llegar á Cempoala, citó para una reunion privada á sus capitanes y soldados mas adictos, entre los que se encontraban Pedro de Alvarado y Bernal Diaz. Todos concurren ávidos de saber lo que tenia que comunicarles el hombre á quien estaban dispuestos á servir. Cortés les comunicó sus recelos, y les manifestó que el único medio de evitar que se repitiesen las conspiraciones y de obligar á los disidentes á decidirse por la campaña, era echar á pique los bajeles, cuya providencia fué acogida con entusiasmo por los circunstantes. Todos prometieron de nuevo su lealtad al osado caudillo y ayudarle á llevar á cabo su resolucion, de lo que resultaria, ademas de la seguridad para lo sucesivo, un aumento de cien hombres para el ejército, que era el número de marineros que se ocupaban en la maniobra de los bajeles.

La idea fué acogida con entusiasmo por los circunstantes, y todos prometieron coadyuvar á la realizacion del proyecto. Para quitar todo motivo de queja de parte de los velazquistas y justificar el acto, era preciso que los pilotos declarasen que los buques se hallaban en imposibilidad de navegar. Las promesas y el influjo lo vencen todo, y los pilotos se comprometieron á obsequiar los deseos de los contrarios á Velazquez. Cortés, como se intentase enviar por mar alguna expedicion, pidió entonces que se le hiciese una relacion del estado en que se hallaban los buques. La contestacion de los marinos fué manifestar que los bajeles habian sufrido mucho por los vientos nortes; que

estaban en completo estado de inutilidad, y que era imposible emprender ningun viaje en ellos, á causa de hallarse carcomidos por los gusanos los costados y el fondo.

Cortés fingió un profundo pesar con el informe dado por los pilotos. «Es sensible la noticia—dijo;—pero ya que así lo ha dispuesto Dios, procuremos aprovechar lo que se pueda de ellos.» Entónces llamó á Juan de Escalante, que era el alguacil mayor, hombre de gran valía, muy adicto á su persona y enemigo de Diego Velazquez. El jefe español le mandó que fuese inmediatamente á la villa; hiciese sacar de los bajeles anclas, cordaje, velas y cuanto se pudiese utilizar; ordenase que echasen á pique todos los buques, dejando solo uno muy pequeño para pescar, y que con los pilotos y marineros volviese á Cempoala para disponer lo mas conveniente al servicio del rey. Escalante cumplió lealmente con lo dispuesto: los buques fueron barrenados, hundiéndose á poco, y en seguida se dirigió á Cempoala con toda la gente de mar, que era robusta y bien dispuesta.

La noticia llenó de consternacion á los que habian abrigado hasta entonces la esperanza de separarse de la expedicion. La vuelta á Cuba era ya imposible. Las murmuraciones de los adictos á Velazquez tomaron el aspecto de motin, y nunca dió Cortés mas pruebas de su sangre fria y de su valor que en aquellos instantes en que una parte de sus soldados se manifestaba rebelde contra lo dispuesto. Pero al lado de los que lamentaban la pérdida de los buques, se hallaban los que aplaudian el verse sin ellos. La destruccion de la flotilla habia sido un suceso plausible para los últimos.